

Por su exteriorización pueden conceptuarse iguales, lo que explica que se haya englobado en una misma denominación a la intuición masculina y femenina. Pero lo único que tienen de común es:

1.º La rapidez del proceso para llegar al conocimiento, o mejor, a la convicción.

2.º Aparecer como un don de *adivinación*.

Si se va más a fondo en el estudio de la intuición masculina y femenina, se verá que difieren:

Por su origen.

Por su proceso de formación.

Por su campo o radio de acción.

Por el mecanismo psicológico que antecede a la exteriorización.

Porque las diferencias entre los hombres, del punto de vista del desarrollo de la intuición, son mucho mayores que entre las mujeres, las cuales son, con pocas diferencias, casi uniformes.

Vamos a los hechos:

En primer lugar, consideremos el radio de acción o campo de la intuición masculina y femenina.

El radio de acción en el hombre afecta lo intelectual. Con diferencias considerables de grado de desarrollo, entre individuo e individuo, la intuición masculina se realiza en lo mental, pero es incapaz de penetrar en el terreno sexual. Por lo menos, no conozco un solo caso evidente, en sujetos normales; sólo algunos invertidos creen tenerla, pero esta creencia es sencillamente una aberración.

El hombre posee intuición en asuntos de carácter técnico, industrial, comercial; las grandes intuiciones se operan, particularmente, en el terreno científico: en ciencias matemáticas, físico-químicas o biológicas; con más dificultad, por el carácter mismo de las ciencias, en cuestiones políticas, sociales o morales; pero el hombre no intuye en asuntos de carácter sexual. El varón es casi ciego en ese sentido, es un perfecto miope. Comparado con una mujer, en estos asuntos, el hombre, no sólo no *intuye*, sino que apenas *percibe*, apenas se da *cuenta*.

Uno de los factores primordiales de la intuición desarrollada en el hombre, es el grado de instrucción. Se observa que

los grandes intuitivos han sido siempre grandes instruídos. En la mujer, la instrucción nada tiene que ver con la intuición; no se nota, por lo menos, que influya en el sentido de darle mayor agudeza o claridad, por el contrario, en muchos casos, parece obscurecerla.

La intuición femenina no penetra en la esfera intelectual, sino como rara excepción y a estas excepciones, debemos considerarlas fuera de lo normal. En todos los casos, estas excepciones mismas jamás han alcanzado la trascendencia de las grandes intuiciones masculinas. La intuición femenina es sutil y particularmente clara en el campo sexual.

He investigado mucho en este sentido, he interrogado durante veinte años a señoras y señoritas, no digo a algunas, sino a millares, respecto del grado de veracidad de mis observaciones, y constantemente, causándoles gracia, me han respondido que estaba en lo cierto, que el fenómeno o los fenómenos ocurrían tal cual yo los manifestaba, sin que pudieran ellas explicarlos.

Veamos algunos ejemplos que por vulgares no llaman la atención y son los más interesantes:

Se trata de una tertulia o de un baile:

Las niñas están sentadas en la sala o salón. Un joven, dos, tres o más, se detienen en la puerta y con la mirada recorren la fila, con ánimo de invitar a una a bailar; cada señorita *sabe*, si la vendrán o no a sacar, y, en caso afirmativo, *sabe* también cuál de los jóvenes será el que lo hará.

Una chica *sabe*, por ejemplo, que tal persona tenía *intención* de invitarla, pero no lo hizo por no haber sido presentado... Ya se hará presentar... De ese modo, la presentación no es para ella, ni mucho menos, una novedad. *Sabía* que andaba en esas diligencias.

Se aproxima un joven a un grupo de niñas, y desde lejos, antes de que se manifieste en alguna forma ostensible, la niña a quien se va a dirigir, lo *sabe*, lo ha *adivinado*.

Lo más particular, y lo que ordinariamente ocurre, es que el hombre, por temor al fracaso, no se dirige a la que interesa, sino a otra, con quien es capaz de sostener animada conversación, con quien es valiente, locuaz, ocurrente y aun le habla

directamente de amor. Pues bien, esa niña *sabe* que todo eso no es para ella, que es para la otra, que se dirige a la otra por su intermedio, y esa otra *sabe* que es para ella, a pesar de no dirigirse a ella; que le viene, pues, de rebote; sabe que le está hablando por intermedio de su amiga, que se presta amable y gustosamente, usando la expresión vulgar, *de mingo*, porque mañana quizá algún joven la tomará a ella *de mingo*, para dirigirse a su amiga. Salvo que sean rivales, este género de servicio jamás se las niega una chica a otra chica. Es lo que ellas llaman *hacer gancho*, *tirar el carro*, etc. Y en los jóvenes es muy general, lo repito, que estando dos niñas juntas, el festejante de una se dirige a la otra, mucho más que a la que le interesa, y si se trata de muchas en grupo, a la que menos se dirigirá será a la que le agrada, y no obstante esto, la niña recibirá lo que le corresponda, adivinando las intenciones del sujeto.

Un joven está hablando con una señorita, y ésta mucho antes de que se haya pronunciado en cuestiones de amor, *conoce* sus intenciones y *sabe* dónde va ir a parar esa conversación. De esa manera ella facilita o detiene el proceso que siente venir con muchísima anticipación. Para dejarlo proseguir, basta con no oponerse; para detenerlo, basta un esfuerzo mínimo, pues corta el proceso mucho antes de que tome cuerpo. Naturalmente me refiero a los casos sinceros y no a aquellos en que se permite el desarrollo del proceso por intereses diversos o por simple deporte, lo que por lo demás no es tan raro. Pero en cualquier caso, sincero o no, la intuición siempre existe.

Una pareja habla de Historia, de Literatura, de un paseo, del tiempo, etc., la mujer sabe si esa conversación que no salió para nada de la materia, tenía por objeto cambiar ideas, pasar un rato de conversación simplemente, o perseguía como fin crear simpatías; en definitiva, la mujer sabe, por intuición, si ha sido o no *preludio*.

El hombre cree que declararse a una mujer es algo muy grave, si se quiere solemne, porque para el enamorado así lo es. Para la mujer es, sin duda, emocionante, si ama, pero de ninguna manera inesperado; la declaración es para ella la forma sintética de expresar las múltiples declaraciones anteriores. El hombre cree que está haciendo conocer algo nuevo, o por lo menos

una intensidad nueva, que causará más o menos sorpresa, y, para la mujer se trata de algo archiconocido, y desde que permitió que se lo hicieran conocer, archiesperado. No necesitaba el hombre manifestárselo de viva voz, en forma directa.

La mujer, con muy poco, con la sola intención del hombre, se da cuenta de sus sentimientos; los sintió cuando aparecieron, aunque el hombre no los traduzca al lenguaje oral o escrito.

El hombre, en cambio, es incapaz de penetrar en los sentimientos de la mujer, si ésta no se los manifiesta claramente, en forma indubitable, y los que se creen más duchos, son justamente los que se llevan los más soberanos chascos. Por todos estos motivos y otros que anotaré más adelante, es por lo que la enorme mayoría de los hombres ven en la psicología de cada mujer un arcano, un enigma indescifrable. Es por esta sencillísima razón, por la que se le atribuyen tantas complejidades a la psique de la mujer, cuando, en realidad, el complejo es el hombre.

A estas manifestaciones de la intuición se une el pudor de la mujer, que no permite al hombre penetrar en sus sentimientos en materia sexual. Si por su intuición adquiere el conocimiento de los afectos del hombre, exclusivamente en el terreno aludido, por su pudor no deja conocer los suyos, y si el hombre no llega a conocerlos es porque carece de la intuición femenina, y sólo cuando ella quiere se deja conocer.

El pudor femenino no afecta solamente a lo físico, es decir, a lo que se refiere a su cuerpo; el pudor femenino es mucho, que digo mucho, muchísimo más intenso en el orden sentimental sexual, en una palabra, en el amor, y tan es así, que *la moda* es capaz de hacerlas renunciar más o menos parcialmente al pudor corporal, a dejar ver este año, lo que el año anterior no debía dejarse ver, so pena de sentar plaza de impúdica; pero no se ha podido imponer la moda de que la mujer se declare al hombre, salvo casos aberrantes que no estarían dentro de la moda, porque son excepcionales, o que las mujeres honestas, digan por las calles piropos a los hombres. El pudor moral es de grande intensidad en la mujer normal y este pudor es el que hace que la enamorada oculte hasta el último momento sus sen-

timientos. Conociendo fácilmente los sentimientos del hombre, por su intuición, y no dejando conocer los suyos, por su pudor, claro está que la mujer se presenta, para el hombre, como un ser de una psicología en extremo compleja; claro está que se presenta como un enigma y que se diga que el hombre es incapaz de conocer el corazón femenino.

Una mujer enamorada cree, porque para ella serían más que suficientes, que sus demostraciones son sumamente visibles y puede hasta convencerse de que el objeto de su amor es indiferente o no le corresponde y, sencillamente, el hombre no sólo no intuye, sino que no percibe tales demostraciones. En esos casos, la mujer puede equivocarse, ofuscada por la pasión.

La verdad es que el varón no entiende. Su intuición en materia sexual es rudimentaria o nula. La mujer debe necesariamente violentar su sentimiento de pudor, para que sus demostraciones sean percibidas por el hombre. Si se mantiene dentro de su pudor, el hombre no interpretará la mirada que ella cree muy significativa, porque para ella bastaría y sobraría si a ella se la dirigiera un hombre; no interpretará su sonrisa, que ella piensa que habla a gritos.

Las mujeres que sin violentar su pudor con sonrisas o miradas al alcance de su intuición, se dirigen a un hombre, creyendo ser entendidas, pierden lastimosamente su tiempo. El varón necesita algo más ostensible, sólo percibe lo que a la mujer le parece macro, demasiado visible.

Cuando un hombre enamorado se dirige solicitando una contestación, no quiere ligeras sonrisas, ni leves suspiros, ni párpados que caen pausadamente, que dan lugar a mil interrogantes, a mil dudas; necesita una contestación categórica: *sí* o *no*. El varón, en general, no se da cuenta que cuando una mujer contesta no, es que está contestando sí. Cuando la mujer no acepta, lo expresa claramente, o en casos excepcionales, lo deja entender de una manera terminante, sin lugar a dudas. Todo subterfugio, toda evasiva, son respuestas afirmativas. Las expresiones: "Más adelante contestaré." "Aún no." "¿En qué compromiso me pone!" "¿Qué ocurrencia!" "Su afecto no puede ser sincero." "Espere que me convenza", y mil más que sería largo anotar, que dejan ver o entrever esperanzas, o simple-

mente que no contienen negación completa, deben interpretarse como respuestas afirmativas, expresadas en esas formas, por el pudor propio y normal de la mujer.

El varón siempre duda, nunca tiene seguridad completa, e interroga constantemente. La mujer, si también interroga, no es, en general, porque dude, sino por gozar con fruición de las protestas de amor repetidas.

No obstante lo manifestado respecto de la intuición femenina, ocurre que la mujer se equivoque o no interprete o interprete mal; en una palabra, que no intuya. Esto, ante todo, ocurre como excepción, y en todos los casos se tratará de mujeres completamente enamoradas, cuando la pasión ahoga a la intuición. Ya volveré sobre este asunto, al estudiar los factores que intervienen en los errores de la intuición femenina.

Pero la intuición de la mujer va más allá, en el terreno de la práctica. Sale del campo sexual para invadir el social, en lo que atañe al conocimiento de las personas. En realidad, este mayor alcance de la intuición femenina, este mayor radio de acción o amplificación del campo, se encuentra en la adulta, particularmente en la madre, y no es más que una proyección de la intuición sexual.

Veamos algunos ejemplos:

Rara vez se equivoca una señora en el juicio que, sin mayor análisis, a primera vista, formula de un sujeto. Naturalmente, me refiero al juicio que forma sobre la moralidad del individuo, no sobre su intelectualidad. Es frecuente, en los hogares, que a la esposa no le agrade fulano o zutano, o que le inspire desconfianza, sin causa justificada. Al contrario, el sujeto se conduce como un caballero, nada puede reprochársele, etc., no obstante esto, es inútil tratar de disuadirla, de hacerle cambiar su juicio aventurado. Contestará que todo está muy bien, que las razones son muy atendibles, pero que a ella no le agrada el sujeto y nada más. Lo común también en estos casos, es que el sujeto, tarde o temprano justifique ese juicio.

Si se interroga a una señora acerca del porqué de su juicio sobre las personas A o B, lo común es que conteste "*Porque sí*", o "*Porque no*".

Estas repuestas son típicas femeninas, y típicas intuitivas.

Las que las emiten, no sabrían dar las razones por las cuales llegaron al *sí* o al *no*; no son capaces de realizar el menor análisis.

Para los hombres, las razones "porque sí" o "porque no" no son atendibles, porque no son razones; para las mujeres son indiscutibles. Las mujeres, ante una respuesta de esa naturaleza, se dan por muy satisfechas y no discuten más; las aceptan tal cual ellas quieren que se las acepten cuando las formulen, es decir, sin réplica, fuera de todo raciocinio, porque superan al mejor raciocinio.

Veré luego, cómo, en general, es cierto que superan al mejor raciocinio, porque "*porque sí*" o "*porque no*" representan síntesis de millares, que digo de millares, de millares de millones de raciocinios.

Mucho me habían preocupado estas contestaciones fuera de todo discernimiento, en abierta pugna con la lógica y formuladas con todo aplomo, máxime tratándose de mujeres instruidas.

En muchas ocasiones he tenido oportunidad de interrogar a señoras y señoritas ilustradas, respecto de su apreciación sobre personas y en apoyo de su juicio no han sabido darme más razones que las enunciadas; el sujeto les agradaba "*porque sí*" o no les agradaba "*porque no*", y esa era, para ellas, toda una razón contundente. Lo curioso es que quedaban tan satisfechas como si hubiesen expuesto causas muy justificadas, como si hubiesen argüido brillantemente.

Como lo he manifestado, un "*porque sí*" o un "*porque no*", están más allá de todo análisis, tanto para la mujer culta, como para la inculta.

En el mecanismo de la intuición masculina, he señalado que entran como elementos, el proceso íntegro de la inducción, más una fuerte dosis de imaginación creadora, y para la intuición de trascendencia científica, estos procesos deben realizarse sobre la base de una sólida instrucción, cuya mayor parte actuará como elemento subconsciente. En los hombres incultos o ignorantes, la intuición carecerá de vuelo, salvo que una vez en la vida los favorezca el azar (palabra que nada significa en realidad), lo que constituye la rarísima excepción, como son, en el

terreno de las ciencias, los descubrimientos hijos del acaso y de cerebros incultos.

En la intuición femenina, no se descubre el menor rastro de un proceso cualquiera de inducción, ni se percibe para nada la acción de la imaginación creadora, ni tampoco se requiere instrucción.

La intuición femenina no escoge ese concurso de aptitudes; el análisis jamás llega al proceso de la abstracción, indispensable en toda inducción; pero ni siquiera existe análisis propiamente dicho; es instantánea o parece serlo.

Así como se ha explicado el mecanismo de la intuición masculina, trataré de penetrar en el de la femenina, porque este fenómeno debe haber tenido un origen, y debe obedecer a un mecanismo dado.

Trataré, pues, de explicar el origen y el mecanismo de la intuición en la mujer:

La intuición femenina, por sus caracteres exteriores, toma aspectos que la aproxima muchísimo a los fenómenos instintivos, por una parte, y por otra, se presenta como un carácter sexual secundario en el orden psíquico, puesto que es exclusiva de la mujer y difiere mucho de la intuición masculina. En lo psíquico, existen caracteres sexuales secundarios y uno de ellos es la intuición, como son, en el orden somático, las formas femeninas, la ausencia de barba en la mujer, la finura de su cutis, etc., etc.

Si la intuición femenina es instintiva o casi instintiva y constituye un carácter sexual secundario, su adquisición no puede operarse en la evolución del individuo o ontogénica, sino en la de la especie o filogenética. Quiere esto decir, que la mujer no adquiere la intuición por experiencias durante su vida, sino que la posee heredada de las generaciones que la han precedido. Claro se ve que durante la vida, no podría adquirir esta aptitud con semejante perfección, porque el número de experiencias sería muy reducido y la vida demasiado corta, y además, se comprueba que no la adquiere así, por el hecho de que cuando una niña se hace mujer, ya posee intuición sexual, sin que nadie le haya indicado absolutamente nada, sin que haya hecho la menor experiencia. Por lo demás, se ve que aunque esta aptitud se pre-



tendiera hacer adquirir por la enseñanza, no habría medio de enseñarla. Naturalmente que las experiencias personales, perfeccionan la aptitud heredada, que aún no alcanza a ser instintiva, y es por eso por lo que es más fácil engañar o que se equivoque, una niña de 14 años, que una de 18, y una de 18 que una de 25.

En mi concepto, la intuición que poseen las mujeres hoy, representa la síntesis de las series de experiencias realizadas por las mujeres al través de las generaciones, experiencias que estuvieron expuestas a constantes errores, y cuyos errores fueron corregidos en el largo proceso de la adquisición de la intuición; representa un aprendizaje largo y penoso que ha dado como resultado la intuición femenina actual, que aún no se ha perfeccionado lo suficiente como para no errar jamás, y sí para acertar en un 80 %, por ejemplo. Con el andar del tiempo y de las generaciones, que aportarán nuevas rectificaciones y correcciones, llegará a ser perfectamente mecanizada y entonces será infalible. Las mujeres de hoy, con sus experiencias personales, están perfeccionando la intuición de las mujeres del futuro.

La intuición femenina actual, representaría, de ese modo, un grado intermediario ó un término de transición entre los errores propios de la intelectualidad y la infalibilidad inherente al instinto. La repetición de las experiencias y con ella, la corrección de los errores al través de las generaciones, no ha sido aún lo suficientemente perfecta como para convertirla en netamente instintiva. La intuición femenina, es un *cuasi instinto*.

De modo que el "porque sí" o "porque no" femeninos, se presentan, pues, como las síntesis de los razonamientos de millares de generaciones femeninas, razonamientos que fueron indispensables para llegar al *sí* o al *no*; hoy estos razonamientos se han hecho subconscientes, por la larga gestación del *sí* o del *no*. Así se comprende que para ellas estas razones estén por encima de cualquier razón, y que, al formularlas, queden tan satisfechas, como si hubiesen desarrollado los razonamientos más lógicos y particularmente convincentes.

La intuición femenina, adquirida, pues, en la filogenia de ese sexo, toma un carácter, no individual, sino específico sexual o sexual secundario; quiere esto decir, que la intuición femenina no

es una aptitud particular de determinadas mujeres dentro de un mismo pueblo, o de las mujeres de todo un pueblo dentro de una misma raza, sino que es de todas las mujeres de todos los pueblos y razas. Lógico es suponer que el grado de perfeccionamiento y la amplitud de la intuición femenina, deben variar de una raza a otra raza, pero yo no puedo afirmar nada al respecto, porque no he hecho estudios diferenciales y mis conocimientos se refieren, más que a nada, al tipo caucasoide.

Siendo un carácter sexual secundario, se explica que todas las mujeres (por lo menos las del tipo estudiado) se asemejen tanto, del punto de vista de su intuición. De ahí surge que la empleee indistintamente, la ignorante, como la instruída, la humilde, como la encumbrada.

Aquí se me objetará que la intuición en la mujer humilde falla mucho más que en la de condición social acomodada, por que el número de mujeres engañadas es mucho mayor entre ellas, como ser sirvientas, obreras, etc. Es de advertir, contestando a esta objeción, que el instinto maternal está muy por encima de las previsiones de la intuición, porque es mucho más fundamental; signífico con esto, que si todos los hombres fuesen canallas, las mujeres no tendrían más remedio que dejarse engañar; se las engañaría a sabiendas. En todas obra el instinto maternal y sexual; la intuición sirve sólo para escoger, para seleccionar. Si la humilde es más fácilmente engañada que la de condición social acomodada, se debe a que está mucho más expuesta a errar, porque la lucha por la existencia la libra a un constante asedio, excitándole el instinto sexual y maternal, mientras que, las de condición social acomodada no están en las mismas condiciones, encerradas en sus casas, o constantemente vigiladas. Por lo demás, interviene en esto como factor poderoso, el grado de cultura, la educación. No es, pues, únicamente, una cuestión de intuición, sino de factores complejos: la lucha por la vida, la sociedad que rodea al sujeto, la educación, particularmente la de los sentimientos, el desarrollo de las aptitudes, mucho más que el grado de instrucción.

La intuición femenina es un carácter sexual secundario, y es por eso por lo que las mujeres son muy semejantes del punto

de vista de esta aptitud. En cambio, en el hombre, si bien la intuición es de todos los normales, ofrece diferencias de grado tan grandes del inteligente al no inteligente y particularmente del inteligente instruido al no inteligente ignorante, que debe considerarse como un carácter individual.

Hemos visto cómo se ha formado esta aptitud en la mujer, ahora veamos por qué se ha convertido en un carácter sexual secundario, o en otros términos, por qué la posee la mujer y el hombre no.

Se explican las diferencias en el campo de acción de la intuición masculina y femenina, por el diferente papel de los sexos, del punto de vista de los factores biológicos.

En la selección sexual, la mujer, representa la defensa; el hombre, el ataque. Es al último al que corresponde la iniciativa, siendo el papel de la mujer, pasivo. El papel activo del hombre y pasivo de la mujer, es el que ha hecho extender la creencia de que es el hombre quien elige; pero del punto de vista, no del matrimonio, sino de la selección sexual al objeto de la vida de la especie, es la mujer la que elige. El hombre es de tendencias polígamas; la mujer, monógamas. La mujer es la que instintivamente cuida la vida y el perfeccionamiento de la especie, el hombre no; la mujer tratará de escoger lo mejor, querrá que el hombre sea superior a ella; el hombre poco se preocupa de la superioridad de la mujer. De 100 mujeres, el hombre, librado a su voluntad, quedaría con muchas; mientras que, de 100 hombres, la mujer quedaría con uno. Elegir uno entre 100, es elegir mucho más que elegir muchos en 100. Elegir a muchos en un número dado, es elegir menos que elegir a uno. Esto no requiere demostración y esto es lo que en realidad ocurre. La mujer elige mucho más que el hombre, porque tiene muchas más exigencias que éste. El candidato para la mujer, debe reunir muchas más cualidades que la candidata para el hombre. Su papel pasivo en materia de amor, no impide, ni cosa semejante, que elija y que sea exigente en la elección.

Del papel activo o de ataque, en el hombre y pasivo o de defensa en la mujer, surgen las diferencias de la intuición masculina y femenina.

La mujer, como defensiva y pasiva, tuvo que ser siempre desconfiada y precavida, mientras que el hombre no necesitaba serlo. Como débil, estuvo siempre a la defensiva, aguzando sus aptitudes hacia un fin providencial: penetrar en las intenciones del hombre que, desde luego, tenían que exteriorizarse en alguna forma, por más que se las quisiera ocultar, en virtud de la propiedad general de todos los procesos psíquicos a convertirse en acto; en una palabra, en virtud del carácter de los procesos psíquicos llamado *objetivación*, que hace que nuestros pensamientos, nuestras ideas, nuestros afectos o emociones, tiendan a manifestarse por movimientos: gestos, mímica, ademanes, alteraciones de la voz, etc. De ese modo, ciertos movimientos efímeros, la mímica particular correspondiente a los estados del espíritu, las actitudes, los gestos, etc., por poco aparentes que fueran, llegaron a no escapar a sus aptitudes preceptivas, aguzadas por el ejercicio en las generaciones. Lo que en un principio necesitó análisis, concluyó, con la repetición, por no necesitarlo: los errores se fueron corrigiendo, y así perfeccionó esta aptitud, justamente en el campo que le era de utilidad, el campo sexual, compelida por el instinto maternal, que en ella prima de una manera intensísima.

Se comprende fácilmente que el hombre carezca de este género de intuición, porque a los fines de su vida instintiva carecía de utilidad y que haya perfeccionado en el terreno de la intelectualidad, que es donde tiene verdadera aplicación.

Llegó así, la mujer, al conocimiento más o menos perfecto del hombre en el terreno aludido, por *intuición*; pero esa intuición no ha alcanzado aún a perfeccionarse tanto como para proporcionar un conocimiento instintivo infalible y no abarca más que la esfera sexual. De ahí que, si la mujer no se equivoca respecto del sentimiento que despierta en el hombre y pueda asegurar si éste simpatiza o no con ella, si la desea o no, suele equivocarse respecto de sus sentimientos en otro orden de ideas, su ética, por ejemplo, y que no pocas, resultan luego engañadas.

Las mujeres víctimas de los pillos, se debe a que la intuición femenina aún no se ha dilatado como para abarcar toda la esfera del sentimiento del hombre, porque aún el número de

experiencias, y con ellas, el de corrección de errores, ha sido insuficiente.

Pero lo evidente, es que la intuición femenina en materia del conocimiento de las personas en su esfera moral, es muy superior a la masculina, tal cual lo demuestra el hecho por demás frecuente en los matrimonios y particularmente entre la gente ignorante, donde el marido, no toma ninguna resolución sin consultar a la *patrona*, o hace que el sujeto entienda directamente con la *patrona*, porque ésta es más perspicaz, más difícil de engañar; en una palabra, porque tiene más sagacidad o penetración que el hombre, para darse cuenta de las malas intenciones o para *adivinar* sinceridades. En igualdad de condiciones, esta aptitud es siempre en el hombre, muy débil, comparada con la de la mujer. El hombre conoce a las personas en su fondo moral, por el trato más o menos prolongado, mientras que a la mujer, le basta muy poco para conocerlas.

El hombre ha tenido que afrontar abiertamente el problema de la lucha por la existencia y sus armas han debido, necesariamente, evolucionar en el sentido de una mayor participación de la inteligencia; se han hecho cada vez más intelectuales y su intuición se ha hecho intelectual. La lucha por la existencia, en la mujer, no ha sido de su mayor preocupación, puesto que le incumbía especialmente al hombre y su intuición, en ese terreno, resulta rudimentaria, comparada con la del hombre.

En resumen, los caracteres sexuales de la intuición, pueden sintetizarse así:

1.º—La intuición en la mujer, es específica; en el hombre, es más individual.

2.º—Las diferencias entre la intuición masculina y femenina, deben considerarse como caracteres sexuales secundarios.

3.º—Las diferencias de grado en la intuición, son mucho mayores, en el hombre que en la mujer.

4.º—La intuición masculina, es intelectual; la femenina, sexual.

5.º—El campo masculino, es el intelectual; el femenino, es el sexual.

6.º—La mujer posee mucha más intuición que el varón, en

el conocimiento del fondo moral de las personas, colocándose en igualdad de condiciones.

7.º—La intuición femenina, es casi un fenómeno instintivo; en el hombre, es intelectual.

8.º—La filogenia de la intuición femenina, está en la selección sexual; en el hombre en la lucha por la existencia.

9.º—La intuición femenina, es más rápida que la masculina.

10.—En sus respectivos campos, la intuición femenina, yerra menos que la masculina.

*R. Senei.*